



ESTUDIO 1365

DIOS DESEA LO MEJOR PARA NOSOTROS

Con mucha frecuencia, cuando las tragedias nos golpean, o nos vemos envueltos en tiempos difíciles, preguntamos: *¿Dónde está Dios?*

Al hacer esta pregunta, estamos suponiendo que el Señor no debe haber sabido lo que estaba por caer sobre nosotros, o de lo contrario lo hubiera evitado. O suponemos que no nos ama, porque si nos amara, seguramente nos hubiera librado de todos los momentos dolorosos y de todas las experiencias difíciles. Las dos suposiciones son incorrectas. Lo cierto es que Él sabe y nos ama.

Cuando experimentamos tiempos difíciles o sentimos un gran dolor y una gran conmoción interna, generalmente tratamos de echarle la culpa a alguien. Decimos una de estas dos cosas: "El diablo causó esto" o "Dios lo hizo".

La probabilidad mayor es la siguiente: El diablo lo causó y Dios lo permitió.

DIOS SIEMPRE ACTÚA IMPULSADO POR EL AMOR

La motivación que existe detrás de todo lo que el Señor hace en nuestra vida y de todo lo que permite es el amor.

No permite el quebrantamiento en nuestra vida porque sea cruel y despiadado o porque no tenga corazón o compasión. ¡No! Todo lo contrario. Ve todo el potencial que tenemos dentro, y desea profundamente tener una relación espiritual íntima y amorosa con nosotros. Quiere sacar a luz lo mejor, y que lo experimentemos en todo Su amor, sabiduría, poder, fuerza y bondad. Permite el quebrantamiento en nuestra vida para sacar a luz una bendición.

Nunca nos quebranta en Su enojo o con ira. Más bien, se mueve en nuestra vida porque nos ama demasiado como para dejarnos continuar en el pecado, permaneciendo en un estado de tibieza espiritual, o no pudiendo alcanzar Sus propósitos en nosotros. Nos ama demasiado para dejarnos seguir tal como somos. Su amor lo motiva a actuar para que podamos cambiar, crecer y llegar a ser maduros y completos en espíritu, mente y cuerpo. Su amor lo lleva a disciplinarnos para que podamos ser purificados y cumplir Sus propósitos en esta tierra.

DIOS NO DESEA QUEBRANTAR NUESTRO ESPÍRITU

El propósito de Dios no es quebrantar nuestro espíritu. La persona que tiene un espíritu quebrantado no está completa ni está creciendo hacia la madurez espiritual.

Su propósito no es quebrantar nuestro espíritu, sino más bien, quebrantar la obstinación de nuestra voluntad. Lo hace para poder llevar a cabo Su voluntad porque esta siempre es para nuestro bien, para nuestra bendición.

Todos los padres sabemos que los hijos nacen con una predisposición al "yo primero", con una obstinación egocéntrica. ¡Mío! y ¡No! son dos de las primeras palabras que los niños aprenden y usan libremente. Ambas están arraigadas directamente en el orgullo egocéntrico del pequeño y en su deseo de gobernar su propia vida.

Un buen padre sabe que esta obstinación y el orgullo deben quebrarse si esperamos que el niño sea obediente, no sólo a sus padres, sino a toda autoridad, incluyendo la autoridad de Dios. El quebrantamiento de la obstinación del niño no se lleva a cabo con el propósito de quebrar su espíritu, sino más bien para ayudarlo a crecer hasta llegar a ser un esposo, amigo, padre, ciudadano y miembro del cuerpo de Cristo que sepa acatar las leyes, que sea útil, productivo, generoso y amoroso.

Un pequeño a quien le permitimos ser obstinado y orgulloso se convertirá en un adulto al que nadie deseamos tener cerca.

En la misma forma en que un padre quebranta el orgullo obstinado y la desobediencia de un niño, Dios procura quebrantar el orgullo y la desobediencia que nos impiden ser la clase de personas amorosas, generosas, parecidas a Cristo que Él cree que podemos llegar a ser.

DIOS NO SE DELEITA EN PROVOCARNOS DOLOR

Así como el deseo del Señor no es quebrantar nuestro espíritu, tampoco Su propósito es provocarnos dolor. ¿El dolor y el sufrimiento son el resultado final de lo que desea para nosotros? ¡No! Él puede permitir u ordenar circunstancias y situaciones que nos parecen dolorosas, pero estas circunstancias y situaciones son Sus *herramientas* que usa para llevarnos a una posición en la cual estemos dispuestos a rendirle nuestra vida completamente.

¿Los cristianos somos alguna vez una víctima? Sí, algunas veces. Como cristianos, somos víctimas sólo cuando otras personas nos han lastimado físicamente o nos han herido emocionalmente. Pero debemos reconocer que Dios permite estas experiencias dolorosas por alguna razón.

Cuando nos vemos como víctimas, vivimos en el pasado y nos sumergimos en nuestro dolor. Si nos vemos como seres a quienes el Señor ama y a quienes está preparando para un futuro y un servicio especial que sólo Él conoce, entonces encontramos la fuerza para soportar el dolor del pasado y para seguir hacia adelante.

Dios es soberano y puede detener cualquier cosa que desee. Sin embargo, no anula nuestra voluntad humana. Si las personas que se encuentran cercanas a nosotros se abren al mal, es probable que suframos como consecuencia de su maldad. Por ejemplo, si un hombre se vuelve alcohólico, probablemente su esposa y sus hijos sufran su ira o su descuido. El Señor lo sabe. Sin embargo, Él nos ama y posee la habilidad de redimir estas situaciones para nuestro bien.

Si creemos que *Romanos 8:28* es verdad, debemos creer que es verdad en todas las circunstancias de nuestra vida: *“Y sabemos que a los que aman a Dios, todas las cosas les ayudan a bien, esto es, a los que conforme a su propósito son llamados.”*

Nunca debemos limitar la habilidad del Señor para transformar aún la peor experiencia de nuestra vida tornándola en algo productivo, beneficioso y positivo.

Sea cual sea la fuente de nuestro dolor, debemos reconocer que Dios sabe, nos ama y está actuando. Puede ser que nosotros no seamos responsables de lo que nos sucede, pero sí somos responsables de nuestra respuesta hacia eso. Debemos hacernos la siguiente pregunta:

¿De qué manera puedo caminar a través de este dolor? ¿Cómo puedo beneficiarme o sacar provecho espiritual de esta situación?

Tal vez, en lugar de preguntarnos: *¿Sabe Dios lo que me sucede? O ¿Se preocupa por el dolor que siento?*, sería mucho más productivo y revelador preguntarnos: *¿Entiendo yo lo que me sucede? ¿Me interesa saber lo que el Señor desea hacer en mi vida?*

El Señor sabe lo que está por hacer en nuestra vida, pero, ¿lo sabemos nosotros? ¿Estamos conscientes de lo que está haciendo?

Cada golpe del cincel, cada golpe del martillo, cada corte del cuchillo, cada incisión en lo más profundo de nuestro ser, cada lágrima, cada dolor, cada sufrimiento, cada desilusión, cada desengaño, cada momento de desesperación vale la pena simplemente por el hecho de saber que Dios tiene en Sus manos todo nuestro ser.

Pidamos que nos revele lo que está haciendo en nuestra vida — y lo que desea hacer por nosotros, en nosotros y a través de nosotros — como resultado del quebrantamiento.

Situemos el quebrantamiento dentro de la perspectiva de la obra mayor de Dios en nuestra vida.

No hay nada en este mundo temporal que valga la pena retener, o a lo cual valga la pena aferrarse a cambio de lo mejor que tiene preparado para toda la eternidad. ¡No hay nada que tenga el valor del gran diseño del Señor para nuestra vida!